



ZAMORA, María Jesús (ed.); *Japón y España: acercamientos y desencuentros (XVI y XVII)*. Gijón: Satori, 2013. ISBN: 978-84-9401-642-4.

Cuando en 1543 los comerciantes portugueses, acompañados de misioneros jesuitas, arribaron a las costas de Japón, pocos podían imaginar el enorme impacto cultural y político que se iba a desencadenar. Ciertamente se produjo un encuentro entre dos mundos, dos culturas, que se trataron en casi todas las ocasiones en un plano de igualdad y respeto. Y con los intercambios culturales y comerciales llegaron épocas de entendimiento y mutua influencia, alternándose con otras de desencuentros profundos, que culminaron con la prohibición del cristianismo en época Edo.

Encuentros y desencuentros cuyos vestigios documentales se perdieron en el sakoku japonés, aunque por fortuna también fueron plasmados por comerciantes, diplomáticos y aventureros occidentales. Y, sobre todo, por los religiosos de la Compañía de Jesús, que se sumergieron por completo en la cultura japonesa. Recuperar y dejar constancia de las últimas líneas de investigación de tan intenso e interesante momento es lo que se propone el volumen que nos ocupa; *Japón y España: acercamientos y desencuentros (siglos XVI y XVII)*. Para ello, y como explicita el profesor Hidehito Higashitani en el prólogo, se adopta un enfoque multidisciplinar y altamente bilateral como garantía de rigor académico.

Tras una breve y acertada introducción histórica a cargo de Yayoi Kawamura, abre el volumen el profesor Almazán Tomás advirtiéndonos sobre la riqueza de conceptos que se esconde bajo la acepción de arte Namban, nacido del encuentro cultural de las técnicas y temas occidentales con el arte japonés. En España este arte fue valorado a partir de finales del XX, gracias al jesuita Fernando García Gutiérrez. El estilo Namban es una verdadera, aunque escasa, crónica visual de este encuentro entre ambas culturas y más útil a los ojos del historiador que el arte que desplegaron los jesuitas, más interesados en catequizar que en dejar constancia gráfica de este encuentro.

Fruto de este encuentro cultural es el castillo de Azuchi, construido por el caudillo más importante del siglo XVI, Oda Nobunaga. A su estudio dedica su artículo Yoko Hara, concluyendo que en la concepción del mismo se visualiza la postura del caudillo admitiendo todas las religiones desde una óptica renovadora, como lo fue la separación entre religión y política. Con este castillo, hoy desaparecido, Nobunaga anunciaba a todo el mundo su ideal religioso y sus ansias de unificar el país. Ansias e ideales que no murieron con el asesinato del caudillo, perpetuándose su modelo de castillo en construcciones posteriores como los castillos de Osaka, Edo o Himeji.

Para completar la visión artística de este encuentro hay que referirse al estudio que los occidentales hacen del arte japonés, sobresaliendo en ello de nuevo los misioneros jesuitas. A ellos se dedica el estudio de Elena Barlés destacando la labor del jesuita napolitano Alessandro Valignago. Barlés también destaca al jesuita portugués Luís Fróis, aunque sin lugar a dudas la principal figura es el también jesuita lusitano João Rodrigues, dado el enorme interés de su obra. En ella encontramos numerosas referencias sobre pintura japonesa, fabricación de armas o el arte de barnizar. Por encima de todas estas informaciones destacan una serie de capítulos que dedica a la manifestación cultural y artística más singular de Japón: la ceremonia del té, realmente excepcional por sus singulares aportaciones y rigurosa documentación.

El presente volumen dedica muchos e interesantes trabajos a la literatura, nada de extrañar ya que en ella se produce un intenso cruce de influencias y paralelismos que llegan incluso a alcanzar a numerosos poetas españoles e hispanoamericanos contemporáneos. En esta línea se mueve el exquisito y no menos poético artículo de Luis Miguel Vicente en su estudio comparativo entre las figuras de Matsuo Bashō y Octavio Paz. Esta transculturación literaria también es patente en el teatro misionero ibérico en Japón. Este interesante aspecto no ha sido estudiado en profundidad hasta el momento y en ello se ocupa Javier Rubiera, en cuyo trabajo ya nos va adelantando unas más que interesantes conclusiones. Complementando el trabajo de Javier Rubiera, encontramos el estudio de Fernando Cid Lucas que también analiza el teatro jesuítico, pero en este caso centrándose en las representaciones realizadas en suelo ibérico, ahora no con fines misioneros, sino con intereses propagandísticos y difusión de su obra evangelizadora en tierras japonesas.

Las influencias entre el teatro español y nipón es el motivo de estudio de Jaime Fernández, que realiza una sugestiva comparación entre las figuras de Lope de Vega y Monzaemon Chikamatsu. Fernández encuentra sorprendentes coincidencias entre ambos creadores al tratar temas como la grandeza o la dignidad del individuo, tanto más sorprendentes si tenemos en cuenta que ambos desconocían el teatro nacional del otro. Grandes similitudes pero evidentemente también grandes diferencias, como por ejemplo el énfasis que el español pone en el individuo en contraposición a la idea de grupo que subyace en el teatro del japonés. Entre la literatura española y japonesa se producen, como venimos reflejando, influencias que nacen del fruto de una admiración mutua que aún continúa, como se refleja en el estudio sobre Erasmo y Cervantes que podemos disfrutar de la mano del profesor Ryujin Nomura. Perspectiva exógena que sólo puede mejorar la comprensión de estos grandes clásicos europeos. En la misma línea, pero desde el lado occidental, encontramos el trabajo de José Pazó en torno a la obra de Shosaku Endo *El Samurai* y de cómo éste refleja la embajada de Tensho acaecida en 1582. Los japoneses se interesaron muy pronto por la producción literaria europea como lo demuestra la recepción de la obra de Fray Luis de Granada, *Symbolo da Fee* o *Fides no Quioi* de 1611 en lengua japonesa. El único ejemplar que ha sobrevivido al paso del tiempo y las vicisitudes políticas fue redescubierto en 2009 y servirá, según

el estudio de Yoshimi Orii presente en este volumen, para abrir nuevas líneas de investigación y comprensión de tan intenso contacto cultural.

Sin lugar a dudas el literato español que más contribuyó a marcar una visión sobre el pueblo japonés fue Baltasar Gracián, que sirve a Hidehito Higashitani para elaborar un estimulante trabajo lleno de erudición donde contextualiza la máxima graciana que identifica a los japoneses como los españoles de Asia, estableciendo además, lazos entre el conceptismo graciano y el arte japonés de *restar*.

Asociado a este intercambio literario y misional encontramos un interés por conocer y entender la lengua japonesa. Vuelve a surgir en el estudio de Jun-nosuke –Miyoshi la figura del jesuita lusitano João Rodrigues, que no sólo reflejó en sus trabajos el arte japonés, sino que se preocupó además por conocer la lengua nipona y sobre todo el keigo, término que designa literalmente el sistema conjunto de los términos honoríficos y de cortesía, nacido precisamente del contacto con las gramáticas occidentales. Interés que no finalizó con la expulsión de los cristianos de la isla nipona como refleja la obra del franciscano Melchor Oyanguren, *El arte de la lengua nipona*, publicado en 1738. Como refleja Santiago U. Sánchez Jiménez, este fascinante guipuzcoano intentó la primera sistematización de la gramática japonesa a partir de la perspectiva lingüística del español, basándose para ello en el modelo gramatical de Antonio Nebrija. Oyanguren utiliza sus extensos saberes en lenguas romances y sobre todo vasca, de la que también fue su primer gramático en una obra desgraciadamente perdida, para establecer comparativas para su comprensión. Con este método se anticipaba a la lingüística comparada que surgiría años más tarde.

Y es que los estudios de gramática y traducción son básicos para entender estos intercambios culturales, y hoy día más que nunca, como refleja el trabajo de Noritaka, que llama la atención sobre la importancia de aplicarse en traducciones lo más rigurosas posibles, ya sean del español al japonés o viceversa, extremo este que a veces no se cumple con el celo que se debiera.

Hablando de Japón y su encuentro con Occidente, la referencia a San Francisco Javier es ineludible. Kayoko Takagi aborda su figura en un interesante artículo donde nos muestra cómo el mito asiático del *anzuelo perdido* se ha mutado en cuento tradicional japonés conocido como *El pescadorcito Urashima*, y en Occidente, donde lo hemos recibido como el milagro del cangrejo, propio de la hagiografía de San Francisco.

En cuanto a trabajos de corte histórico encontramos el estudio de Carla Tronu, donde analiza las asociaciones que entre misioneros y comerciantes se produjeron. En un principio estas fueron beneficiosas, pero a la postre abocó al fracaso a ambos en beneficio de los comerciantes holandeses e ingleses, que no introdujeron el matiz religioso en sus relaciones. Emilio Sola, apoyándose sobre todo en la literatura de avisos, radiografía las relaciones diplomáticas entre Austrias y Tokugawas, certificando en un preciso análisis que el postrer fracaso de los españoles en Japón llegaba por el agotamiento de un viejo modelo colonial y

monárquico que no supo hacer frente al mercantilismo holandés, más moderno y dinámico.

Cierra el volumen un ambicioso estudio de María Jesús Zamora, a la vez editora del volumen que estamos tratando, en el que intenta analizar y estudiar los elementos que el imaginario demoníaco europeo tomó del japonés y la reelaboración que de los mismos se hicieron. Para ello la autora no duda en utilizar fuentes literarias que, apoyadas por las artísticas, le llevan a encontrar en ellas rasgos, características y formas de actuación idénticas entre culturas en principio tan dispares. Con este trabajo se pretende abrir nuevas líneas de investigación que redundará en la comprensión de ambas culturas.

Nos encontramos ante un libro muy compensado en todos los aspectos. Con artículos de una extensión similar y adecuada, que hacen de los trabajos certeras píldoras de estudio sin espacio para digresiones que serían tan innecesarias como molestas. La unión de profesionales de ambas culturas no hace sino enriquecer un diálogo que no debe cesar ya que en él está el conocimiento y el respeto hacia el otro y su cultura. Y para enriquecer aún más el diálogo de este enfoque bilateral, especialistas de las más variadas disciplinas.

El volumen vuela a un gran nivel aunque puestos a ser puntillosos podemos decir que se echa en falta algún estudio más desde el ámbito histórico, sobre todo en cuanto a la percepción que se tuvo en la Corte española de tan interesante encuentro. También se echa en falta que tan bella portada no se ve acompañada en el interior por aparato iconográfico en color, y no el blanco y negro que nos ofrece la editorial, siendo especialmente sangrante en artículos como el de María Jesús Zamora o el de V. David Almazán Tomás. Fotos en blanco y negro y en algún artículo inexistentes cuando éste lo pide claramente. Este es el caso del magnífico trabajo de Yoko Hara, dedicado al castillo de Azuchi, que queda huérfano de imágenes.

Estamos, en fin, ante un libro especialmente pertinente en estos momentos ya que nos relata, nos dibuja, la realidad del momento histórico en que realmente se produjo la ahora tan famosa globalización. Buceando en estas experiencias es como podemos constatar enriquecedores encuentros sin obviar los muchos y peligrosos desencuentros basados en la negación del otro. Sólo aprendiendo de ambos podremos construir un mundo más habitable para todos.

**-Roberto Morales Estévez-
Universidad de Salamanca**